

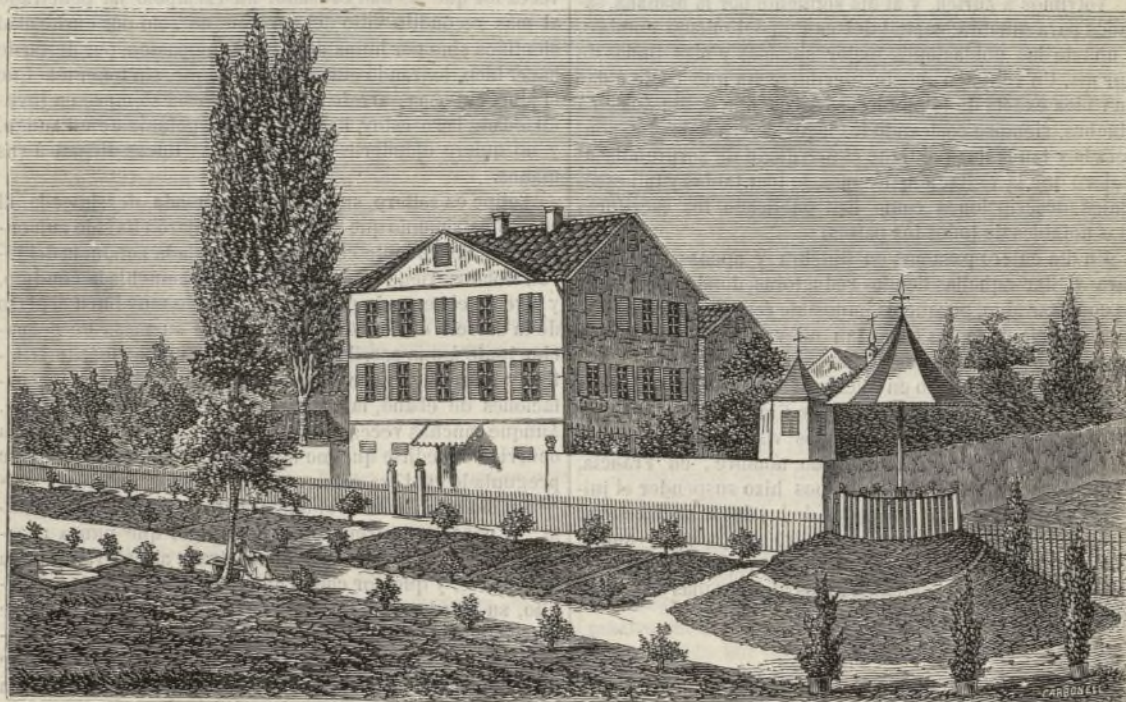
espalda de la catedral, que se elevan por prominencias sucesivas hasta la parte superior del nivel del terreno y la elegante galería romana que da vuelta á todo el contorno. Los contrafuertes son una adición posterior, que indica la época de segunda construcción de la iglesia en el siglo XIV, y según el estilo gótico.

El interior de la catedral, que así como la parte de atrás pertenece á la antigua construcción comenzada en el siglo XI, y terminada en el XII, ha sido restaurado en estos últimos años con mucha inteligencia y gusto.

Los alrededores de Basilea son muy pintorescos, y presentan ya un cuadro, aunque imperfecto, de las bellezas que ha de encontrar el viajero á medida que vaya penetrando en el país de Guillermo Tell.

No nos detuvimos en Basilea mas que algunas horas, y espues de comer magníficamente en una fonda á la misma

márgen del Rhin, salimos en el ferro-carril para Zurich. A corta distancia de la ciudad se encuentra un túnel, cuyo nombre no recordamos, que es acaso uno de los mayores y mas notables; atraviesa el Hauenstein, ramificación del Jura, y se tarda hasta siete minutos para volver á salir de aquella vía subterránea; despues de haber atravesado parte del canton de Soleure y el de Argovia, llegamos al de Zurich y á su capital del propio nombre. Nuestra pluma es demasiado pobre para consignar un cuadro, aunque débil, de la impresion que se apodera del alma al contemplar aquella campiña encantadora, con el majestuoso lago de seis leguas de longitud y media de ancho. Las orillas del mismo con el cúmulo de poblacion, mayores y mas pequeñas casas de campo y caserios sin número, los viñedos que adornan las pendientes de aquellas colinas que vienen abordando al rio, los bosques propiamente dichos



Residencia del señor Servent en el canton de San Gall.

de elevados árboles frutales, etc., etc., y en retaguardia montañas que desafían las nubes por su elevacion, constituyen un conjunto bellísimo. La capital encierra paseos magníficos, edificios públicos que por su magnificencia deben llamar la atención, y no menos los palacios habitados por la aristocracia; pero lo que mas especialmente nos ha dejado un recuerdo grato son los cementerios, convertidos en un grande y amenísimo jardin. Zurich es patria del célebre Pestalozzi, Lavater y Gessner.

Al continuar nuestro viaje llegamos á la pequeña ciudad de Ninterthur, el antiguo Vitodorum de los romanos, y al cabo de unos cinco cuartos de hora ya nos encontramos en Wyl, término de nuestra expedición.

Wyl, antigua y pequeña ciudad del canton de San Gall, de 1,800 vecinos, es célebre por haberse concertado en el castillo ó palacio de los principes abades de San Galo, el ad-

venimiento al trono de Austria de Rudolfo, conde de Habsburgo.

Hemos indicado á Wyl, como término de nuestra escursión en Suiza, y debemos añadir que nos habíamos dirigido á él para visitar allí á nuestro querido amigo don Francisco Servent, teniente coronel de caballería de nuestro ejército, comisionado por el gobierno español para indagar en el fecundo campo del arte y ciencia de la guerra de aquel país y de la vecina Alemania, cuanto puede ser importante se sepa en España para el fomento del elemento militar, participándolo al efecto á los directores generales de las armas é institutos del ejército.

El dia que pasamos en casa de nuestro amigo y su amabilísima familia, fué tan agradable, que ni se ha borrado ni se borrará nunca de nuestra memoria; la situación de Wyl es encantadora, y la residencia del señor Servent, con sus

jardines y parque, no puede describirse; es preciso verla. El grabado que acompaña á este artículo, aunque exacto en el dibujo, no da mas que una idea imperfecta, porque los cuadros de la naturaleza no se pueden reproducir.

Si alguno de nuestros lectores ha viajado por países extranjeros, y por espacio de mas ó menos tiempo se ha visto obligado á tratar con personas que hablan distinto idioma y tienen diferentes costumbres, comprenderá cuánto placer experimentaríamos al encontrarnos en una poblacion en el centro de la Suiza, rodeados de una familia española, que llevó su galante hospitalidad hasta el extremo de presentarnos una comida á estilo de nuestro país, que hablaba el castellano perfectamente y hasta repetía en el piano nuestras canciones populares. La noche vino á sorprendernos, y nos despedimos de nuestros amigos con verdadera tristeza, lamentando no haber combinado el viaje para pasar con ellos siquiera dos ó tres dias.

Volvíamos á Zurich, y al dia siguiente por la mañana, salimos para Ginebra, capital del canton del mismo nombre, y una de las poblaciones mejor situadas y mas lindas de Europa. Un volumen puede escribirse sin que baste á dar una idea exacta de lo pintoresco del camino desde Zurich á Ginebra, siempre costeano los lagos de esa Suiza tan ponderada y tan bella, que tiene el privilegio de sorprender al viajero que la visita, aun despues de leer tantas y tan excelentes descripciones como han publicado los escritores mas notables de todos los países.

Un dia entero pasamos en Ginebra y apenas nos bastó para visitar aquellas tiendas seductoras donde nadie deja de comprar algo, porque es imposible resistir á la tentacion en presencia de tantas cosas tan nuevas, tan bonitas y tan baratas, como encierran aquellos aparadores.

Habíamos designado en nuestros apuntes el hotel de la Metropole donde nos hospedamos en Ginebra como el mejor entre tantos buenos como habíamos visto, pero el llamado de Lyon en la ciudad del mismo nombre, en Francia, donde llegamos al dia siguiente, nos hizo suspender el juicio sin atrevernos á dar á ninguno de los dos la preferencia.

En Lyon nos despedimos de nuestro compañero y amigo Mr. Laplace que se volvió á París y nosotros regresamos á España por Perpiñan, deteniéndonos algunos dias en Barcelona antes de venir á Madrid.

RISA Y LLANTO.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

La bondad existe en el fondo del alma, pues Dios solo empleó una virtud para formar el corazón del justo, como empleó un solo zafiro para la cúpula del cielo.

VICTOR HUGO.

I.

La vida está llena de amarguras, de las que es inmenso laboratorio el mundo.

Dicen, y es muy cierto, que solo hay un verdadero amor, como tambien solo hay un verdadero amigo.

Pero hay amores incomprensibles, amores que no pueden manifestarse con palabras apasionadas, amores que la

mujer no puede rechazar de su corazón porque son su vida, y que, sin embargo, se ofende de que la sociedad los comprenda.

Estos amores, que, como dice un poeta, nacen de una sonrisa, no tienen otra expansion que una mirada ó una palabra trocada en una conversacion general.

Es tan misterioso el fondo del alma de la criatura, que nunca llega á descifrarse bien.

Una historia cazada al vuelo, si puede decirse así, corroboró mas y mas mis opiniones en tan interesante estudio.

Voy á contarla tal cual me la refirieron.

Felipe Corrales es uno de mis mejores amigos. Joven aun, pues apenas cuenta cuarenta y dos años, auxiliado por su profesion de médico es un hábil conocedor del corazón humano. El ejercicio de su facultad le da ocasion para sondear mas de una vez esas heridas del alma que no todos comprenden, y que únicamente pueden cicatrizar las mas veces los que las han causado. Su escalpelo ha penetrado al mas recóndito sitio del corazón, no solo por curiosidad científica sino por humanidad, por compasion, por deseo de hacer bien, logrando curar á algunos que, sin tener mas que el alma enferma, arrebatada la muerte casi siempre en juvenil edad. Pero estoy haciendo una apologia de mi amigo, y no quiero ofenderle, si acaso estas líneas llegan á sus manos.

Felipe es soltero, su posicion es cómoda, desahogada. El escaso patrimonio que sus padres le dejaron ha sido aumentado por la prudente economía y arreglada conducta del joven doctor. Tiene éste una habitacion amueblada con lujo, y vive en el segundo piso de una casa de muy buen aspecto de la Carrera de San Gerónimo. Sobre su mesa de despacho, junto á una escribanía de plata de mucho mérito artístico y valor, tiene una pequeña cajita de cedro con incrustaciones de ébano, la que siempre está cerrada con llave. Aunque muchas veces me he fijado en ella, jamás se me ha ocurrido el pedirle que me mostrase su contenido, ni le he preguntado cuál era este.

Un dia fui á su casa, el doctor habia salido á una consulta; ya pensaba en irme, pues mi amigo, que nunca acostumbra á salir á tal hora, demostraba al hacerlo que era cosa grave, y que por consiguiente tardaria en volver. Justino, su criado, que le sirve ya muchos años porque le quiere mucho, me introdujo en su despacho, yendo yo maquinalmente á sentarme en el sillón de su mesa. Mis ojos se fijaron en seguida en la misteriosa cajita, y ¡cuál no seria mi sorpresa cuando vi que tenia la llave puesta! Instintivamente la cogí, y con temblorosa mano la abrí. Su contenido eran tres cartas de amor y un retrato de la única mujer que mi amigo ha amado, y que una tisis arrebató en temprana edad á su ciencia como médico y á sus cuidados como amante; una leontina de oro encerrada dentro de un estuche de terciopelo carmesí y raso blanco; un bolsillo de malla de plata conteniendo una hermosa y brillante onza de Carlos III, que parecia recién salida del cuño, y en un papel de seda envuelta una hermosa rosa seca, clavada con un alfiler á otro papel, en el que estaban escritas las frases de Victor Hugo que sirven de epigrafe á esta historia.

Esto fué lo que mas despertó mi curiosidad. Adivinaba la historia y origen de todo lo demás, porque sabia muchos de los secretos de mi amigo, y lo que él no me decia lo comprendia yo. ¿Pero aquella rosa, aquel papel con tan significativas palabras escritas de letra de mi amigo, encerraban sin duda una historia á la que servia quizá de recuerdo aquella flor? Una flor es casi viva representacion de la mu-

jer, luego la historia era de una mujer. Leyendo el papel por centésima vez y procurando adivinar su significado estaba, cuando se abrió la mampara del despacho y apareció en su dintel la figura de mi amigo.

Como un niño á quien su maestro pilla *in fraganti*, así me quedé yo á su súbita entrada. Felipe lo comprendió, y me dijo:

—No debe avergonzarte el que te haya sorprendido inquiriendo el secreto de esa cajita, que hace tiempo observo miras con curiosidad. Entre los dos no hay secretos, y si antes no te he contado la historia de esa flor que tienes en la mano, y que para mí es un recuerdo de gran precio, ha sido porque he creído que no tenías verdadera voluntad de saberla. Pero ya que te veo iniciado en ella, te la contaré, aunque no sea mas que para satisfacer tu curiosidad, y para que por ella te persuadas de que en los muchos y estraños acontecimientos de la vida, hay algunos que, á pesar de hacernos apurar la copa de la hiel, son el preliminar de la felicidad que despues nos concede Dios.

—Puedes empezar cuando gustes, le respondí muy contento, pero antes ordena á tu criado me sirva algun confortativo, porque tu repentina entrada cuando yo violaba el secreto de tu cajita me ha causado una viva emocion.

Felipe sonrió, y llamando á su criado le dió orden de que nos sirviese unas copas de vino de Málaga con unos bizcochos.

Justino entró con una botella de vino y una bandeja con dos copas. Sirviéronos una á cada uno y despues se retiró.

Corrales sacó su petaca y me dió un rico veguero, que yo encendi en seguida.

Un momento despues, sentado frente á mi principiaba su historia, mientras yo me disponia á oírle, saboreando el rico habano.

II.

—Hace diez y seis años, dijo Felipe, concluí mi carrera de médico. Tengo yo un amigo del que me has oído hablar varias veces, y al que sin embargo no conoces porque hace ya tiempo falta de Madrid. Fernando Maldonado es un jóven recomendable, de mi misma edad, aunque dotado de mejores cualidades. Un mismo pueblo nos vió nacer, en una misma escuela aprendimos las primeras letras, juntos entramos en un mismo colegio, juntos vinimos á Madrid y juntos vivimos todo el tiempo de nuestros estudios, que empezamos y concluimos á la vez, y aun siguiéramos siendo inseparables, si las circunstancias no nos hubiesen obligado á lo contrario. A pesar de nuestra conformidad de ideas, seguimos los dos una carrera diferente; Fernando fué abogado, yo médico.

Hacia cuatro años que habíamos concluido nuestros estudios, y ya el bufete de Fernando gozaba de una envidiable reputacion en la corte. El novel abogado era tenido por un jóven de muchísimo talento, estudioso, á la par que muy severo en el cumplimiento de sus deberes. A una alma ardiente y generosa y á un corazon honrado, Maldonado reunia un juicio recto sobre un espíritu inteligente. Tenia además todas las ventajas exteriores propias para hacerse estimar aun de sus mismos antagonistas. De distinguidas maneras y afable conversacion, su voz de un timbre sonoro, tenia todas esas penetrantes inflexiones que vibran directamente en el corazon. Bajo su espaciosa frente, coronada de negros y rizados cabellos, brillaban dos grandes y hermosos ojos azules, que con su penetrante mirada leían

en el tribunal la conciencia de los jueces, atrayéndose por do quiera las simpatias de todos por su energía y firmeza. Sus labios, de un rojo vivo y encendido, espresaban una inmensa bondad con su continuada sonrisa. Todo en él contribuía á hacerle un jóven apreciablesimo. Sin embargo, la hermosura física de mi amigo no era completa. Es muy cierto lo que yo he leído en un viejo autor, y cuyo aforismo tengo muy presente.—Las bellezas completas no son de este mundo, Dios las ha criado para respirar en otra atmósfera mas pura.—Mi amigo Maldonado tenia un defecto; defecto visible, y por lo cual antes de hablarte de él he querido darte á comprender las bellas cualidades de su alma.

Su nariz, de un hermoso corte romano, tenia al lado izquierdo una indiscreta escrescencia ó lobanillo que, segun yo creia entonces, era formada por dos tendones que se habian separado del tejido celular. Esta carnosidad era muy visible, su tamaño era el de un vástago de las criadillas de tierra, ó sea aquellas patatas mas pequeñas que se forman unidas á las mayores. Los sentimientos de respeto y afecion que inspiraba mi amigo eran tales, que el que hablaba una sola vez con él, ya no miraba mas su suplemento nasal, ni se acordaba de ese defecto mas que para compadecerle. Su agradable é instructiva conversacion y la espresion de bondad que respiraba toda su persona, hacia que el que le trataba no viera en Maldonado aquel risible objeto adherido á una nariz perfecta.

Un dia salia Fernando de la Biblioteca Nacional, cuando al llegar á la Cuesta de Santo Domingo vió á dos niñas, la mayor de las cuales podria tener catorce años, vestidas pobremente, y llorando con desconsuelo. A pesar de que en el dia es frecuente un espectáculo semejante en las calles de cualquier capital, sin que eso llegue á llamar la atencion de los transeúntes, Maldonado, que no podía ver sufrir ni llorar á nadie sin prodigarle sus consuelos, acercóse á las niñas, y despues de haberlas contemplado un momento, y observado su pobre traje, las dijo:

—¿Cuál es la causa de vuestro llanto?

—¿Es vd. médico? preguntó la mayorcita á su vez.

—No, hija mia, pero yo os proporcionaré uno, si eso ha de consolar vuestra afliccion.

—¡Ah! sí, señor; eso solo secará nuestras lágrimas, nuestra madre se muere, y no hemos podido encontrar ningun médico que la salve. A seis hemos visto ya, y porque han comprendido por nuestros miserables vestidos que somos unas pobres y que no se les pagarian las visitas que hiciesen, han pretestado ocupaciones y se han negado á ver á la enferma, aconsejándonos que la llevemos al hospital. Esa es la causa de nuestro dolor; si vd. nos auxilia en nuestra pena, le deberemos la vida de nuestra madre.

Fernando, al oír esto, cogió á las dos niñas de la mano y tomó el camino de casa, en la que entró agitado y casi sin aliento.

—Felipe, me dijo, vístete, que vamos á salvar la vida á una pobre madre, si aun es tiempo. He mandado á Justino por un carruaje, y no tardará en volver.

Y en cuatro palabras me contó su encuentro con las pobres niñas.

Afortunadamente estaba ya vestido para salir, y no tuve mas que tomar el sombrero y un abrigo y reunirme con Fernando, que estaba en la antesala calmando la inquietud de las pobres niñas. Justino llegó al mismo tiempo á avisarnos que el carruaje esperaba en la puerta. Partimos los cinco, porque yo hice que el criado nos acompañase por si era preciso ir á la botica por algo, y el Simon nos condujo

á una casa de pobre aspecto de la calle de Irlandeses, cuyas señas habian dado las niñas. Seguimos á estas que nos hicieron subir hasta una pobre bohardilla, en la que en un pobre lecho yacía la enferma. A su cabecera se veía sentada una bellísima y elegante joven de unos diez y ocho años, en la que reconocí á María de Vargas, hija única del baron del Pinar, uno de mis antiguos enfermos.

—María, ¡vd. por aquí! le pregunté mientras tomaba el pulso á la enferma.

—Estoy aquí por una casualidad que bendigo, respondió ella. Inmediata á esta habitacion está la que ocupa un anciano soldado de la independencia, al que sus años y sus heridas tienen paralítico. Dos veces á la semana vengo á visitarle y á ofrecerle algunos socorros que debo al buen corazon de mi padre: hoy vine, y lo primero que me pidió mi veterano amigo, fué que averiguase de donde provenian los llantos y gemidos que desde su habitacion oía. Salí al corredor y entrando en esta habitacion, que hallé abierta, pude enterarme de esta escena de desolacion, á la que sin duda pondrá vd. término, doctor.

—¡Oh! María, ¿es vd. un ángel que así enjuga el llanto de los desgraciados? Dios la hará á vd. muy feliz en pago de todo el bien que hace ahora. Púseme á examinar á la enferma con detencion, y en este tiempo los ojos de las niñas y de María de Vargas fijos en la espresion de mi semblante, esperaban leer en él la sentencia que iba á pronunciar; que tenía que aliviar su pena ó sumirlas en mayor desesperacion.

Fernando, que se habia quedado en el carruaje para evitar que la familia le diera las gracias por haber sido el dispensador del auxilio, entraba en el momento en que yo abría los labios para devolver la tranquilidad á aquellas niñas.

—El caso es grave, dije, pero gracias á Dios hemos llegado aun á tiempo; respondo de la vida de la enferma.

Por un mismo movimiento las niñas se echaron á mis piés y abrazaron mis rodillas riendo y llorando, María cogió mi mano y la estrechó entre las suyas conteniendo dos lágrimas que se asomaban á sus hermosos ojos, Fernando estrechó mi otra mano, hallándose al hacerlo frente á María por primera vez.

En aquel momento reinaba aun aquella seriedad que sigue á la ansiedad del corazon cuando le atormenta alguna pena. Fernando y María se miraron, y al reparar ella en la nariz de mi amigo, soltó una ruidosa carcajada, de una sonoridad y franqueza tal, que la pobre habitacion de la calle de Irlandeses no habia oído otra igual en mucho tiempo. Fernando que habia entrado pálido de emocion, estaba rojo de vergüenza al verse objeto de risa para la señorita de Vargas, cuya angelical belleza en aquel sitio le habia causado una agradable impresion.

María con los ojos bajos estaba como afrentada de haber dado una manifestacion tan inoportuna. Fernando con tono tranquilo, aunque con acento triste, la dijo:

—Me felicito, señorita, de que haya encontrado vd. en mí algo que la distraiga un momento de las tristes y dolorosas ideas que esta casa debe producirle.

María balbuceó algunas palabras escusándose, mas desgraciadamente levantó la cabeza y fijó de nuevo sus ojos en la nariz de Fernando, y al ver otra vez el extraño apéndice nasal del joven abogado, no pudo reprimir otra carcajada mas violenta que la primera, por lo mismo que era mas contenida. Indudablemente la pobre morada donde nos encontrábamos haria mucho tiempo que no habria si-

do teatro de una alegria tan espontánea. No sé lo que Fernando dijo despues de esta segunda prueba de hilaridad, mas lo cierto es que yo leí en su semblante la amargura que empezaba á invadir su corazon.

Receté lo que la situacion de la enferma reclamaba, y mientras Justino fué por los medicamentos, tuve tiempo de enterarme de todo, principiando por observar la situacion de Fernando y de la señorita de Vargas.

El primero tenía su vista fija en la alegre María, que por su parte arrepentida de la reincidencia, dejaba comprender por las lágrimas que asomaban á sus ojos, que no carecia de buen sentido para comprender lo inconveniente de su inusitada risa, y que si bien el apéndice nasal de Fernando le causaba aquel desvio mental, en el fondo de su alma compadecia á un joven que se ganaba las simpatías de todo el mundo, y que yo estaba seguro que á pesar de sus carcajadas tenía que conquistar tambien la suya.

Dejando á los dos jóvenes cuyas almas estaba persiguiendo se habian de comprender, y estrechando la distancia fundirse en una, pasé á enterarme de la situacion particular de mi enferma. No se necesitaba mucho conocimiento para comprender que en la triste morada de la calle de Irlandeses reinaba la mas absoluta miseria. Unas cuantas sillas de nogal, pero ya muy viejas, esparcidas por uno y otro lado sin orden ninguno; una mesa de pino barnizado imitando la caoba, sobre la que se veía un jarro antiguo de porcelana con un gran ramo de flor de azahar, contrastaban sobremanera con la cama que ocupaba la enferma, que aunque arreglada muy pobremente era un magnífico lecho de bronce dorado con su correspondiente pabellon, y á cuya cabecera ocupando el centro se veía una moldura cubierta con un trapo blanco, que por su corte se adivinaba ser un escudo de armas. Llamaba tambien la atencion á los piés de la cama, un gran cuadro, que á pesar de una doble gasa verde que lo cubría, se distinguía aun que era un retrato y que el personaje que representaba vestía uniforme militar. Bajo del mismo habia una espada y un baston de mando puestos en cruz, y enfrente colgadas del mismo clavo de que pendía una pilita con agua bendita, las dos cruces militares de las órdenes de San Fernando y de San Hermenegildo. Esto era todo lo que contenía la pobre bohardilla donde tan encontradas escenas habia presenciado, y que tal vez desde aquel dia habia de servir de punto de partida en los continuados recuerdos de dos personas para quienes la vida era el amor, y el de otras cuyo presente era la miseria, teniendo por único porvenir la infinita misericordia de Dios. María de Vargas habia dado al partir á la pobre familia, su bolsillo que contenía una onza de oro, que Fernando rescató con un billete de mil reales, y que es el que habrás visto en mi cajita.

Un mes despues del conocimiento de Fernando y María, se encontraron otra vez en la casa de la calle de Irlandeses, prodigando sus consuelos á la pobre familia de la bohardilla. La enferma, completamente restablecida, gracias á mis acertadas disposiciones y á los cuidados y socorros que sus dos protectores le habian dispensado, Fernando y María, á cuyo padre el baron del Pinar habia presentado á mi amigo, continuaron viéndose con bastante frecuencia en casa de su protegida, y aunque nunca se citaron, siempre acudían á la misma hora y en el mismo dia. De ambos partió el mismo pensamiento, que fué el formar un pequeño capital, para que las hijas de aquella pobre señora pudiesen trabajar ó emplearlo en algo; y ambos, tam-

bien, asegurando habian adquirido el dinero que les entregaron de una suscripcion entre sus amigos, dieron de su propio bolsillo 10,000 rs. cada uno para poner en planta su proyecto. Todo esto ocurrió sin que Fernando y María se comunicasen sus pensamientos, y aunque ambos obraron aisladamente con la mayor reserva sin que nadie tuviese conocimiento de ello mas que por las confianzas de mi antigua enferma, á la que continuaba asistiendo de cuando en cuando. Una analogía tal de sentimientos, hacia que yo estuviese mas atento al giro que tomaba el conocimiento de Fernando y María, adquirido, se puede decir, en el terreno donde ambos ejercian su inagotable caridad, y este fué el motivo por el cual presenté á Fernando en casa del baron.

En el curso del mes que siguió, Fernando y María se vieron con mas frecuencia, pues habiendo simpatizado con el baron, como simpatizaba con todos los que le trataban, era uno de sus mas queridos tertulios. Sin embargo de la costumbre de verse, Fernando tenia que sufrir que María soltase la carcajada cada noche cuando él llegaba delante de toda la reunion, siendo la imperfeccion fisonómica la causa del ridículo que Maldonado tenia que sufrir en la reunion del baron del Pinar. Es verdad que María arrepentida de sus manifestaciones se retiraba despues á su gabinete, del que salia con los ojos muy encendidos. Yo observaba todo esto, aunque esperaba que la costumbre y el amor, del que ya no me cabia ninguna duda que mi amigo sentia por María, unido á sus apreciables cualidades y talento, cautivarían á la señorita de Vargas y harían que esta no viese otra cosa en el hombre que le entregaba un corazon de tanta valia, que un jóven cuya nobleza de sentimientos borraría cualquier imperfeccion. Así pensaba tambien el baron, que habiendo observado el tierno sentimiento que se despertaba en el alma de su hija, me lo comunicó un dia por la gran confianza que en mí tenia, hablándome tambien de casamiento, pues deseaba un desenlace legal á ese incidente. Hícele observar la diferencia de posicion de ambos, pues aunque Fernando no carecia completamente de bienes de fortuna, y era un jóven de gran porvenir por la brillantez con que habia inaugurado el ejercicio de su profesion, hacia solamente dos años que habia abierto su bufete.

—¡Bah, bah! doctor, Dios mediante, vuestro amigo Maldonado será mi yerno, si mi hija le ama, como creo, me dijo el baron; si su posicion es reducida, yo tengo para él que sea marido de mi hija un capital de algunos millones que nadie le disputará. Soy bastante rico para dos, y aun me quedará para mí mas de lo que yo pueda gastar. Os ruego, mi querido doctor, que no olvideis nunca esto.

Debo decirte que el baron me quiere mucho, pues entre sus muchas manias, tiene la de que me debe á mí la vida.

—¡Bah, bah! prosiguió el baron, dejemos á esas dos jóvenes almas que se comprendan y se amen, que cuando sus heridas estén ya enconadas, ellos mismos vendrán á pedirnos el bálsamo que las ha de curar.

Don Bonifacio de Vargas, baron del Pinar, era el último vástago de una noble y rica familia de Estremadura, á la que la guerra de la invasion de Bonaparte, contra el que habia combatido el baron, habia casi arruinado. Obligado á pasar á América á rehacer su fortuna, tuvo la feliz suerte de hacer un gran capital con las operaciones de banca que allí emprendió. Casado al poco tiempo con una opulenta criolla, se vió á los cuatro años de haberse ausentado de su patria con una niña de pocos meses, cuyo nacimiento costó la vida á su madre, y siendo el primer capitalista de la Habana. Inmensamente rico, y viudo en el otoño de su vi-

da, no tuvo ya otro placer que su tierna María. Hombre de buen corazon, recto en sus principios, afable en su trato, algo rudo en su lenguaje y violento en su cólera; tenia gran respeto y admiracion por la vieja nobleza, á la que se enorgullecía de pertenecer, mas que de sus millones; respetaba y defendía cualquier gloria, cualquier notabilidad, aunque saliese del pueblo; dispuesto á aceptar con simpatia los progresos sociales á pesar de sus ideas algo retrógradas, comprendía la época en que vivía y se conformaba á seguir el impulso del movimiento actual. Dos grandes pasiones dominaban su corazon. Una era el odio que profesaba á todo lo francés y particularmente á todo lo que descendía de Napoleon; y la otra, la mayor de todas, el grande amor que sentía por su hija María, á la cual adoraba como si fuese un ángel que Dios le enviara á la tierra para consolar su existencia. Amante de su patria, por la que habia sacrificado su fortuna en otro tiempo, amaba aun con mas delirio á su hija, por la que no solamente hubiera dado todas sus riquezas sino que tambien su vida.

Tal era el baron del Pinar, del que Fernando Maldonado estaba destinado á ser yerno, por una causa tan estraña como era una imperfeccion fisica.

(Se concluirá).

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

BOSQUEJO HISTORICO-SATIRICO-BURLESCO

DE LA EDAD MEDIA.

Me declaro desde luego enemigo del progreso, de todas las innovaciones, de todas las reformas, y, llevado en alas de mi fantasia, retrocedo hasta la Edad media, hasta esos siglos dichosos y afortunados en que vivieron nuestros tarabuelos. Envidio su suerte, y espero que estos pocos renglones, salidos de mi tosca pluma, puedan aprovechar á las generaciones presentes y futuras, infundiéndolas aliento, fuerza y vigor para volver paulatinamente á los tiempos del feudalismo y de aquellos señorones que vivían en sus almenados castillos, cuya descripcion nos ha dejado Walter Scott con su pluma de oro en muchas de sus inmortales novelas. ¿Osarán por ventura mis lectores censurarme, osarán desaprobar mis opiniones, doctrinas y deseos si prodigo merecidos y cuantiosos elogios á la Edad media, á sus instituciones y al feudalismo, sabiendo que tengo en mi abono á Bonald y á de Maistre, el primero gran publicista y dialéctico inexorable, y el segundo publicista y elocuentísimo escritor? ¿No es un rasgo de mucha originalidad, y no hace palpar los corazones con ternura el elogio suave y patético del verdugo que nos ha dejado de Maistre en sus Veladas de San Petersburgo? ¿No son tambien otro monumento de gloria imperecedera sus seis cartas en elogio de la Inquisicion de España y de su escesiva caridad?

Muchas son las bellas y útiles instituciones antiguas, cuya abolicion ha provocado y obtenido el maldito progreso, y en esta circunstancia me parece muy del caso poner de manifiesto que uno de los errores mas perjudiciales de nuestra legislacion ha sido el de abolir el tormento. Este específico saludable, que la Edad media heredó de la sabiduría romana, era un centinela avanzado contra todos los crímenes,

Beccaria, Filangieri, Montesquien y otros escritorzuelos miserables y superficiales, dicen que los vahidos ó un poco de debilidad, ocasionados por una indigestion, serian lo bastante para que el hombre sometido al tormento revelara delitos que no cometió jamás. Convengo en ello, pero el que supiera de antemano el castigo que le esperaba tendria buen cuidado de ayunar ó de comer parcamente, y entonces el tormento, aplicado con oportunidad, seria no solo útil para la averiguacion de los crímenes, sino tambien higiénico. Con efecto, doctos jurisconsultos sostuvieron su importancia y necesidad, apoyados en razones muy sólidas; y tenemos todavia la obra latina *De tortura*, escrita por el célebre Farináceo, defensor de la infortunada *Beatrice Cenci*. Este ilustre jurisconsulto, que habia profundizado, por lo que parece, la anatomía, no contentándose únicamente con indicar los casos en que, á su entender, era muy oportuno y conforme á las reglas de la mas perfecta justicia, aplicar el tormento; describe con gracia y elegancia todas sus diversas especies; fija sus mayores ó menores grados, y por último, dice con una filantropía sin ejemplo que se pueden dislocar los brazos y estirar con violencia las piernas á los culpados que se niegan á confesar lo que los jueces exigen y necesitan conocer. Cierta canónigo, Malerba, profesor muy distinguido en la universidad de Catania, escribió un libro monumental en abono de la tortura, que acababa de ser abolida en el reino de las Dos Sicilias. El marqués Caracciolo, que á la sazón era virey, residente en Palermo, mandó venir á su presencia al canónigo Malerba, y le dijo en tono brusco: «¿Cómo se ha atrevido vd., señor mio, á publicar un libro en que se recomienda y autoriza la aplicacion del tormento, abolido por nuestro augusto monarca?» El canónigo contestó con mucha serenidad: «¿No se ha hablado y escrito tanto, excelencia, contra los Evangelios, y, sin embargo, no han dejado nunca ni dejarán de ser un código divino en que están depositadas las mas grandes verdades? Es cierto que S. M. ha abolido el tormento, pero es mas cierto aun que mi libro defiende y recomienda lo que la justicia y el bienestar de la sociedad reclaman.» ¡Bendito sea Malerba y bendita sea su gloriosa memoria! ¿No es una idea grande, original y hasta sublime la de poner el tormento al lado de los Evangelios? ¿A quién habia ocurrido una idea tan nueva y peregrina antes de Malerba?

El doctor don Alfonso de Acevedo publicó en Madrid á principios de este siglo un *Ensayo sobre la tortura*, considerando como contraria al derecho natural y á todas las leyes humanas y divinas. Otro doctor, llamado Castro, refutó esta obra tan perjudicial á la sociedad, y dió á conocer hasta la evidencia á sabios é ignorantes que era uno de los actos judiciales y preparatorios mas conforme á la santidad de las leyes el de romper los brazos y las piernas á los hombres y de martirizarles: yo detesto la obra del primero y admiro la del segundo. Pero volvamos, despues de esta breve digresion, á los tiempos feudales, volvamos á esos tiempos, que constituyen la verdadera Edad media, comenzando por la arquitectura gótica, que estuvo entonces muy en voga, porque, como nadie ignora, el aspecto y las formas exteriores de los edificios son la imágen y expresion de la vida social en sus distintas épocas. Victor Hugo, en su celebre novela *Nuestra Señora de Paris*, confirma este aserto.

Todo lo que lleva un timbre marcado y rasgos de originalidad vive siempre, y si por algun tiempo queda sepultado en el silencio y el olvido, acaba finalmente por reproducirse con mas brillo y gala. Esto ha sucedido con respecto

á la arquitectura gótica. Se ha hablado mucho de la de los griegos, y de sus tres órdenes corintio, dórico y jónico: su simetría, su magnífica sencillez, el gusto esquisito de sus inventores ha suministrado materia á desmedidos elogios, y hay tratados y volúmenes en folio en que se describen los monumentos artísticos de la docta Grecia; pero aquella especie de fuerza y rudeza que se nota en todo el conjunto de la antigua arquitectura gótica, en sus columnas toscas y pesadas, en todos sus adornos sin modelo ni simetría, ¿no son la imágen y la expresion mas terminante del valor y la robustez de los pueblos que la inventaron? Cuando en algunos edificios antiguos de Italia vemos las formas de la arquitectura romana hermanadas con las góticas, en España estas últimas con las moriscas, y en Francia, Inglaterra y Alemania, el estilo gótico entremezclado con los recuerdos que los Cruzados trajeron de Bizancio, Palestina y las orillas del Nilo, los hombres mas entendidos y aficionados á la arquitectura de la Edad media ¿no convienen todos en que los restos del estilo gótico, que se conservan en los monumentos de distintos paises, han contribuido en gran manera á darles mucho aire de originalidad?

Pero la arquitectura gótica hoy no existe en toda su pureza, y el que quiera formarse una idea algo perfecta de ella se ve obligado á recorrer las viejas crónicas, en que están consignadas muchas descripciones de esos castillos, propiedad de los antiguos señores feudales.

Estaban todos contruidos en la pendiente ó cumbre de elevadas rocas, como el palacio del famoso don Rodrigo y el castillo del *Innominalo*, protagonistas de la célebre novela de Alejandro Manzoni, *Los prometidos esposos*. La puerta exterior de esos antiguos edificios era angosta y llevaba á un primer patio, y de éste se pasaba á un segundo, poblado ordinariamente de fieros mastines, puestos avanzados del señor del castillo. En el último patio habia dos escalerillas largas y estrechas, como la muy misteriosa que vió en sueño el patriarca Jacob. Entrambas conducian á un primer piso, luego á un segundo y á un tercero: sus paredes, ahumadas y tristes, recibian una luz opaca al través de pequeñas ventanas con vidrios colorados ó cortinas de un lienzo muy vasto.

El aposento en que el señor feudal se entregaba al sueño ó á la meditacion de alguna nueva y estupenda empresa, estaba atestado de adargas, escudos, corazas, lanzas y de aquellas armaduras magníficas que convertian al guerrero en un hombre todo cubierto de hierro. En esos tiempos felices los señores feudales, esos señores llamados de horca y cuchillo, no sabian escribir ni leer, porque dotados de muy buen sentido, habian llegado á comprender que el origen de todos los males mas dañinos y contrarios al bienestar de los seres racionales, es lo que hoy tanto se pondera bajo el nombre engañoso de cultura intelectual. Todos esos libros de política que circulan en Europa, todos esos periódicos de distintos colores, ¿no facilitan las avenidas á la exaltacion y á la anarquía? Todos esos libros de historia ¿no desfiguran los hechos y siembran la mentira? Todas esas novelas y poesías fantásticas ¿no corrompen la pureza de las costumbres y agitan el espíritu?

En cuanto á la arquitectura gótica, no vacilamos en afirmar que no es grande ni magnífica por sus formas exteriores, sino por la inmensidad de las ideas que despierta en la mente del hombre pensador. Cada castillo de los antiguos señores feudales era el verdadero simbolo de otro mundo místico y eterno. Los largos y angostos corredores, sus paredes ahumadas, sus ventanas, que despedian una luz

opaca y triste, ¿no daban la idea del limbo, en que estuvieran los patriarcas antes de la venida y aparición del Mesías? Los mastines del segundo patio, ¿no recordaban con sus ladridos al Cerbero de las tres cabezas que guardaba las puertas del Tártaro? ¿Podían contemplarse esos castillos sin sentirse uno agitado de una interna conmoción? La tristeza y el silencio que reinaban en sus alrededores y la soledad del campo, ¿no eran una imagen, aunque imperfecta, del antiguo caos? Comparad ahora, si teneis osadía para tanto, el Partenon de Atenas, ó el templo del Júpiter Olímpico de Agrigento, ó el palacio de Oro de Neron con los castillos góticos, comparadlos con el palacio de cristal, esfuerzo ridículo é inútil del arte, y vereis desde luego que ninguno de esos edificios despierta ideas que rayan en lo infinito y lo eterno.

En los siglos mas florecientes de la Edad media anteriores al mil, los castillos á que aludimos servian también de hospedaje á los caballeros andantes, de cuya institucion noble, filantrópica, magnífica y político-religiosa no conservamos mas que noticias oscuras é inexactas. Sabemos, sin embargo, que cuando un caballero se acercaba á un castillo era para el señor feudal un festejo, un honor: y si es cierto que anunciaba su venida tocando un largo cuerno un enano, que estaba de atalaya en las almenas, su llegada no podia ser mas poética ni majestuosa. ¿En qué otra época han desempeñado los enanos un oficio tan noble? ¿En qué otra época los cuernos han tenido mas aprecio?

Los caballeros andantes deshacian tuertos, defendian á los oprimidos, amparaban á los huérfanos y á las viudas, y la sola lanza de uno de esos héroes era mas fuerte que todos los tribunales y juzgados de cualquier país de la moderna Europa. ¡Ah, en esos tiempos felices no habia escribanos ni alguaciles! Las órdenes caballerescas que hoy tenemos sirven únicamente para satisfacer el orgullo y la vanidad, y no amparan á los necesitados, no consuelan á huérfanos ni viudas, y, aunque ricas de reminiscencias de la Edad media, ya no florecen: la sola institucion caballeresca que todavia medra es la de los caballeros de industria, que con arte admirable saben vivir á costa de todos los países.

La Edad media fué bajo todos conceptos una larga serie de siglos de oro, y los sabios modernos, penetrados de esta gran verdad, procuran resucitar cada dia con mas ahínco sus heroicas memorias. Los caballeros andantes, las justas y los torneos, las córtés de amor, en que las damas disculian con aplomo y mas gravedad, que los areopagitas de Atenas, sobre los afectos delicados del amor, definiéndoles y particularizándoles los trovadores, que los celebraban en sus cantos, ¿no han dado alas á los arranques de la brillante fantasía de los vates mas eminentes? En esa época el amor platónico, ese amor mas puro que el agua clara, fué una realidad y no una mentira. Cada caballero andante tenia su dama, y sin pensar en tonterías, y muchas veces sin conocerla ni haberla visto jamás, se declaraba su vasallo, se sometia por amor suyo á penosos trabajos, é invocaba su amparo y proteccion en las empresas mas atrevidas y arriesgadas que acometia.

Los que califican de bárbara la Edad media merecen desprecio y castigos muy severos, y los que suponen que el mundo ha adelantado mucho por los nuevos descubrimientos, que pertenecen á nuestra época, viven en un lastimoso engaño.

¿Creeis por ventura que los ferro-carriles, los vapores, el gas y los telégrafos eléctricos han mejorado nuestra condicion? ¿Creeis por ventura que han sido provechosos y

útiles para el humano linaje? — ¡Miserables! — En la Edad media se viajaba con descanso á pié ó montado en un mulo ó en un borriquito, animal paciente, simpático y muy mirado. Hoy, por el contrario, el viajero se ve espuesto á muchos y graves riesgos en las locomotoras: ya estalla la máquina, ya se hunde un puente, ya se encuentran con fiero choque dos wagones. Unos viajeros se quedan muertos, otros se lastiman las piernas y los brazos, otros se rompen la cabeza. En los buques de vapor suceden otras desgracias, con la corta diferencia de que los viajeros, que se ahogan, sirven de pasto á los tiburones y á otros monstruos marinos. El gas despierta incendios, y su alumbrado es incómodo y perjudicial á todos los ciudadanos. Cuando en las calles no habia mas que un candil de trecho en trecho, cualquiera podia pasearse de noche con sus chinelas y su bata, y sin que nadie lo notara, podia concurrir á sus citas amorosas ó no, sin que nadie le viera. Hoy con todo ese alumbrado de gas no se diferencia la noche del dia, y cada cual no es dueño de sus acciones: ¡qué abuso, qué atentado contra los amantes y otras personas industriosas, que aprovechaban las tinieblas! Cuando no habia telégrafos las noticias tristes llegaban con retraso á las victimas infortunadas, y prolongaban su esperanza de que no sucederia lo que temian; las buenas noticias tardaban tambien, y el individuo antes de tener la satisfaccion de ver cumplidos sus deseos, habia experimentado aquel inefable placer que no abandona nunca al hombre que ha previsto ya ver realizada su felicidad.

¡Ah! En la Edad media todo fué grande, original, sublime; y si es cierto lo que dice Michelet, debemos venerar tambien la memoria de los brujos y hechiceros de esa edad. Michelet, despues de habernos explicado el misterioso lenguaje de las aves, que lo entiende perfectamente como el célebre Apolonio Tianco, no ha vacilado en afirmar que toda la civilizacion moderna y todos los progresos del espíritu humano los debemos á los brujos de la Edad media. ¡Gran pensamiento! ¡Cuánta originalidad! ¿A quién podia ocurrir una idea tan colosal, tan nueva, tan peregrina?.... A nadie sino á Michelet, que, en su famoso libro sobre la república romana, convierte en mitos todos los hechos históricos y todos los primeros reyes de Roma.

En fin, tengo en abono de mis opiniones y deseos acerca de la grandeza de la Edad media á los varones mas ilustres de nuestra época, Bonald, de Maistre, Michelet y otros muchos, cuyos nombres paso en silencio por amor á la brevedad, y porque creo haber probado ya hasta la evidencia que la Edad media es bajo todos conceptos muy recomendable y superior á los tiempos modernos.

SALVADOR COSTANZO.

GRUPO DE LAS MOLUCAS.

Estas islas, que se estienden desde Célebes y la Nueva Guinea, desde la punta paralela al Sur hasta la tercera al Norte, son llamadas tambien islas de las Especies, porque deben su celebridad y prosperidades á las especias, que son sus mas ricas producciones.

Los portugueses y los holandeses se han disputado encarnizadamente estas posesiones, que al fin han quedado por los últimos.

Muchas islas hay Molucas; pero comunmente llaman

Molucas á Tidore, Terrenata, Mate Matil y Machiau, las cuales son pequeñas y muy poco distantes una de otra. Caen debajo y cerca de la equinoccial, y mas de 160 grados de nuestra España; y algunos dicen que Zebut está 180, que es el medio camino del mundo, andándolo por la vía del sol y como lo anduvieron nuestros españoles. Todas estas islas, y aun muchas otras por allí, producen clavos, canela, gengibre y nueces moscadas.

Además de la especería, las islas Molucas producen con abundancia los otros dones que la naturaleza prodiga en el suelo de la Malaya. Así, pues, en derredor de los lugares habitados se ven crecer el sag, con su jugo nutritivo, el cocotero, el árbol del pan, todos los arbustos frutales de la India, que se mezclan en los bosques con el tek, el árbol de hierro, el de ébano, el cayou-pouts, cuyas hojas dan un aceite famoso, y otra multitud de árboles, arbustos y plantas raras.

La superficie de las Molucas, dice M. O. Mac-Carthy, es elevada, pintoresca, y se halla cubierta casi por completo de una vegetación brillante. Indica por todas partes antiguas y violentas conmociones causadas por fuegos internos, á consecuencia de los cuales se han abierto probablemente las humeantes bocas de los volcanes de Gougnan-Api, de Makrain y de Ternate, que resplandecen en lontananza de

la mar vecina. Temblores terribles de tierra, espantosas erupciones atestiguan suficientemente que la fermentación está muy lejos de haberse calmado. Las lluvias, los vientos y las brisas de mar hacen por lo demás muy soportable el elima de estos países.

El grupo de las Molucas comprende trece islas principales y un gran número de menor estension. Las mas considerables son: Gilolo, que es la mayor, Bouso, Ceram, Misol y Xisillas, y las mas conocidas Amboina, Tidore y Ternate.

Amboina, centro del precioso cultivo del clavo, tiene una pequeña ciudad en el fondo de una bahía profunda que divide la isla en dos penínsulas; esta es la residencia del gobernador general de las Molucas. Vénse en ellas bazares, mercados, tiendas chinas, ayuntamiento, hospital, dos iglesias cristianas y el fuerte Victoria que la defiende. Contará unos siete mil habitantes.

Las otras ciudades de este archipiélago son: Nassau, en una bahía soberbia con tres puertos y mil habitantes; Ternate, construida en anfiteatro en la orilla del mar, y que tiene bastante belleza en su aspecto. Distinguese el palacio del sultan, que es tan grande como magnífico, y que está edificado entre la ciudad de Ternate y el fuerte Orange. Aun cuando sólo cuenta cinco mil habitantes, la Holanda



Mercado chino de Amboina.

la considera de muchísima importancia, no solamente por su comercio en la Malaya, sino tambien como punto militar á propósito para la defensa de sus posesiones lejanas. Tambien debemos citar á Tidore y Betchiam.

Los holandeses no poseen en las Molucas propiamente mas que los grupos de Amboina y de Banda. Las otras islas se hallan gobernadas por sultanes independientes ó tributarios del gobierno neerlandés. Los mas poderosos son los de Ternate, Tidore y Betchiam.

Balbi observa que las Molucas podrian llegar á ser una de las grandes pesquerías de la ballena, porque dice que la mar que las baña, especialmente la parte comprendida entre este archipiélago y la costa del continente austral, es estraordinariamente abundante en cachalotes. ¡Cuántos tesoros pudieran reportar á la nacion que las posee, sin correr los peligros de mares borrascosos y de climas frios y brumosos de los países polares donde se hace todavia esta pesca!